

*ausencia prolongada de su cuerpo lo que da valor a su recuerdo».*

Y es que nuestro deseo de no morir tiene sólo una razón de ser: *«Es el convencimiento de que nuestra vida debe durar más lo que nos lleva a creer en la vida eterna».*

El alférez, la más importante de todas las voces, seguirá extrañando a los muy suyos, aunque fuera habitante de paso: a la enfermera, al extranjero, al cura, al suboficial Breña y a su Matilde. Nosotros: a todos.

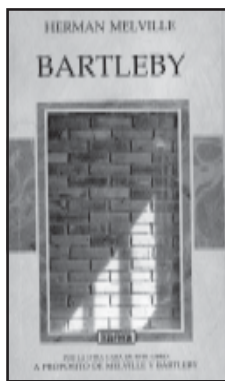
*«Un dolor se combate con otro dolor, una felicidad con otra felicidad, decía su madre, y él está de acuerdo: esos refranes nunca se equivocan».* Por eso, esperaremos la próxima novela de Carlos Garayar, porque aunque esa invitación sea incluso más al límite, más oscura o más adentro de la profundidad, aceptaremos, así nos diga nuevamente que el cielo sobre nosotros no es protector. **bU**

## *Bartleby, el escribiente,* de Herman Melville

Andrés Montoya Restrepo

Egresado

Taller de Escritores Universidad Central



**S**í. El placer de la lectura se fomenta, siempre, con buenas historias. Con frecuencia tenemos la fortuna de encontrarnos con alguna novela en la que su calidad narrativa nos deslumbra, cosida con minúsculos giros inesperados, y que además, en la última página, nos noquea con un jab demoledor. Es, en ese instante mágico, cuando el genio brota de la lámpara y nos cumple el deseo de una nueva historia que nos acompañará para siempre. Otras veces, en poquísimas ocasiones, ocurre que nos encontramos con algunas novelas maravillosas construidas en torno a un sólo personaje. Amarradas a una sola figura que nos genera cierta atracción, cierta compasión. *Bartleby, el escribiente*, es un ejemplo.

La novela, escrita en 1853 por Herman Melville, es el relato contenido y cautivante de una pequeña firma de abogados en Nueva York. La oficina, ubicada en Wall Street, corazón financiero de Estados Unidos, ve alterada su latosa rutina de trabajo cuando a sus filas ingresa un escribiente sin sombra, un empleado descolorido y solitario que

renuncia voluntaria, y progresivamente, a cualquier exigencia laboral y a todo tipo de actividad social.

*Bartleby, el escribiente*, explora los difusos laberintos de la mente humana. Junto con el narrador –un anticuado y honesto abogado-, asistimos, paulatinamente, al acorazamiento sistemático de Bartleby, un copista de quien desconocemos su pasado, sus ambiciones y, lo más enigmático, sus motivaciones. A medida que avanza el relato, Bartleby, el personaje principal, se aísla cada vez más en sí mismo. Internado en un viaje sin retorno a las profundidades de la locura somos testigos, casi cómplices, de su resquebrajamiento definitivo, de su derrumbe emocional. Sin embargo, Melville, nos involucra en la historia al punto que logra hacernos partícipes, junto con el narrador, de una manera solidaria en el progresivo deterioro psicológico del personaje: «*El vínculo de una humanidad común me conducía de modo irresistible a una oscura tristeza: ¡una melancolía fraternal! Porque tanto Bartleby como yo éramos hijos de Adán*» (p.33).

No sólo para esquivar cualquier responsabilidad, sino además para evitar cualquier confesión de su pasado, que haga vulnerable su proyecto, Bartleby blinda su primer anillo de seguridad con la frase: «*Preferiría no hacerlo*». La sentencia, repetida a lo largo del texto, se convierte, no sólo en la única respuesta de Bartleby ante cualquier solicitud, sino también en la firma que identifica la novela, que la resume. El personaje, exiliado dentro de sí mismo, se hunde y nos hunde en una patria desconcertante, sin fronteras ni leyes, en donde él, como dictador y amo absoluto de su propio destino, opta por romper todo vínculo que lo mantenga atado a la existencia.

De él sólo sabremos, al final, que fue un oficinista subordinado del Departamento Postal en Washington, en el que su única función consistía en almacenar e incinerar las cartas que nunca llegaban a su destinatario. Y es allí, en esa oficina, como alegoría de la incomunicación, en donde se encuentra el embrión de la demencia de Bartleby; que en su caso, pareciera más una búsqueda consciente que los delirios de un desequilibrado. Está claro que él, evidentemente, se puede comunicar; pero prefiere no hacerlo. Su metódica renuncia a no hacer nada, su enajenación absoluta, plantea una manifestación en contra de la modernidad; un lamento simbólico contra el quehacer como representación del trabajo y por tanto contra la prosperidad, como forma de vida, en el Wall Street de mediados del siglo XIX. Su marcada soledad y su profundo carácter melancólico, hundieron definitivamente al personaje en un desbarrancadero del que no saldrá jamás. Y del cual, los lectores, compartimos con una rara mezcla de afecto y ternura, el epílogo de la novela: «*¡Ay, Bartleby! ¡Ay, humanidad!*». 